

# La Academia: nuestra manera de vivir

**Fabián Guerrero Obando**

**K**afka nos refiere que Sancho Panza tenía un demonio, al que llamaba Don Quijote, y para mantenerlo tranquilo lo alimentaba noche tras noche con novelas de caballería. Finalmente, el demonio se liberó de su amo y se dedicó a realizar las empresas más descabelladas. Sancho Panza, un hombre libre, se dedicó “filosóficamente a seguir a Don Quijote en sus cruzadas, tal vez por sentido de la responsabilidad y obtuvo de ellas una grande y edificante diversión hasta el fin de sus días”. El contenido de este número de Textos y Contextos, y particularmente su tema central, parecen participar de esa misma estrategia de escritura que consiste en revisar ideas generalmente admitidas y versiones dudosas para darles un nuevo punto de vista, o para cuestionar los lugares comunes y clichés que se han vertido al respecto.

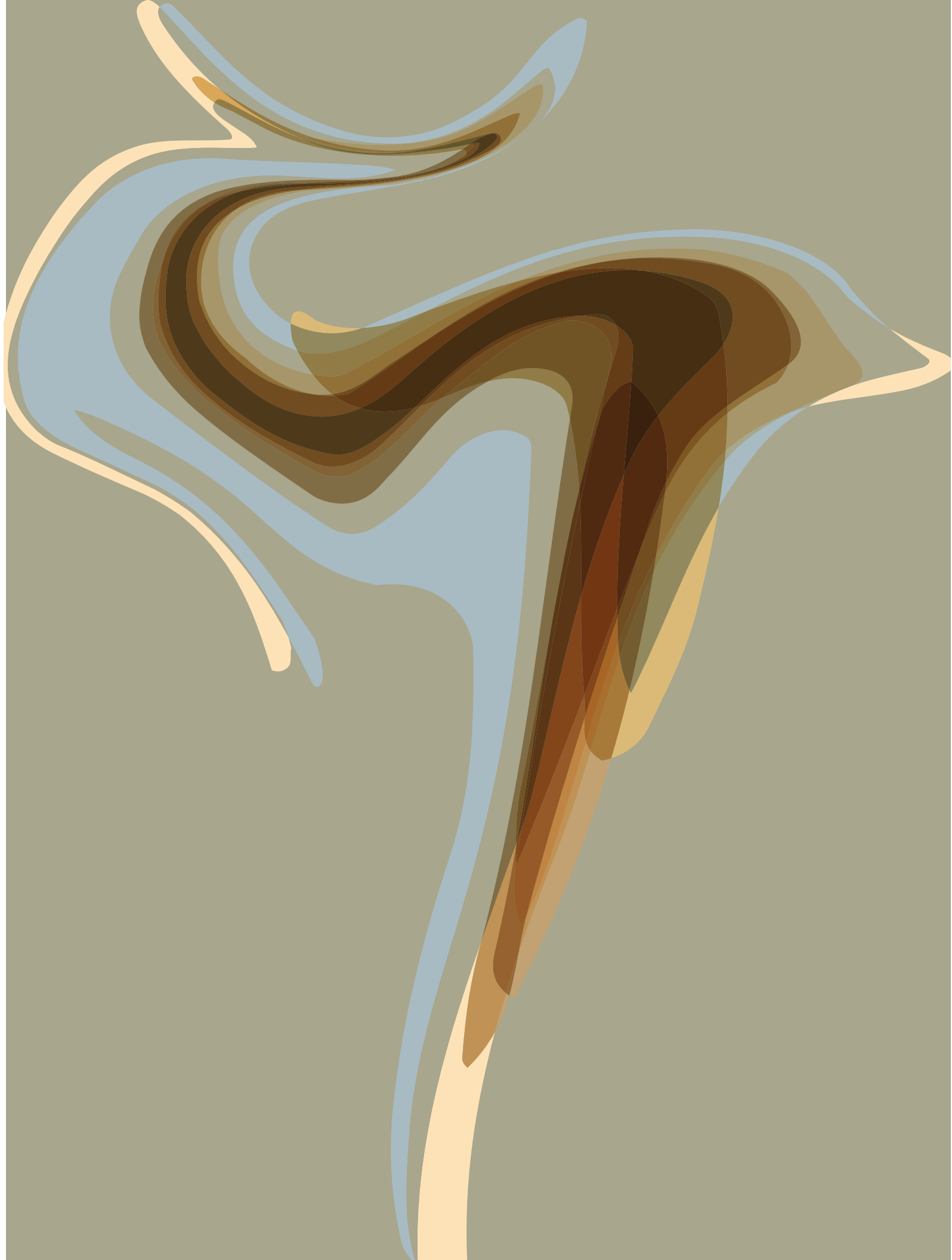
Pero eso solamente es posible admitirlo si se advierte, en principio, que la actividad científica, por su carácter público y por estar sometida al tribunal de la experiencia, tiene siempre un carácter universal. Pero no son menos universales las disciplinas humanísticas, que nunca son más traicionadas que cuando se utilizan para excluir y dividir.

Las grandes creaciones del espíritu humano nos abren siempre a la realidad del otro y sirven de espejo para conocernos mejor a nosotros mismos. Cuando leemos a Sábato o Vargas Llosa, por ejemplo, se nos hacen propias realidades ajenas, ya sean los mundos tenebrosos del *Informe sobre ciegos* o las calles de Piura. Cuando leemos a Miguel Espinosa, en cambio, contemplamos lo propio como algo ajeno: nos vemos pululando por su Feliz Gobernación y aprendemos a mirar lo extraño que habita en nosotros. De todas esas lecturas, siempre hemos salido transformados.

Esta es la principal función de una universidad de nuestro tiempo. Y nosotros debemos hacer esa vida universitaria, puesto que ese es el lugar y el tiempo que queremos construir: sin complejos, conscientes de nuestras potencialidades y dispuestos al trabajo; pero también abiertos a nuevas ideas, deseosos de hacer propio lo mejor de lo ajeno.

Cuando esto ocurre, cuando leemos, cuando pensamos, estudiamos y trabajamos en libertad, pronto comienzan a verse los frutos; cuando abandonamos todos los prejuicios, la vanidad estéril y los complejos infundados, entonces comenzamos a crear una sociedad más dinámica, más justa y más libre. Es que la libertad no es un objeto, ni un ente omnipotente, sino una vivencia, una emoción, o si se quiere una condición, un estar ahí; la sociedad, la estructura de poder o el régimen político que no la facilite o la garantice, corre el riesgo de caer podrido al menor intento de ejercer su administración.

Textos y Contextos pretende recuperar la naturaleza misma del quehacer universitario, que no es sino divulgar el conocimiento, nuestra cultura, la creación artística, los valores éticos y estéticos y la investigación, que en este número se ha hecho posible gracias a académicos como Napoleón Saltos, Daniel Granda, Rafael Polo, Fernando López Milán, Luis Angel Saavedra, Edgar Isch, entre otros. Ellos saben, como nosotros, que la Academia “no es solo una profesión o una vocación libremente elegida entre todas sino, y sobre todo, una manera de vivir”.



# Dos versiones sobre el cambio político en América Latina

**Napoleón Saltos Galarza\***

## Resumen

Lo que sigue tiene como finalidad presentar una visión sobre dos versiones de una misma realidad: el cambio político en América Latina. El debate se basa en dos líneas de análisis, una que se concentra en las posiciones ante el “imperialismo”, sobre todo norteamericano, y otra que busca articular la relación compleja entre las características propias de la región y su ubicación en la cadena imperialista.

## Palabras clave

Modernidad, cambio político, imperialismo.

## Abstract

What follows have as resolution come up with one vision between two versions of same reality: The political change in Latin America. The debate is based in two lines of analysis, the first one, that is concentrated in the positions of the “imperialism”, especially the American in the other hand another that search articulate the complex relation between own features of the region and their locations in the imperialist chain.

## Keywords

Modernity, political change, imperialism.

\* **Napoleón Saltos Galarza**, Licenciado en Ciencias de la Educación con especialización en Psicología y egresado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Quito; licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad Central del Ecuador; Estudios de Postgrado: Máster en Ciencias Sociales con mención en Política por FLACSO-Ecuador; candidato a PhD en Estudios Políticos, Universidad de Alicante (España). Se ha desempeñado como Docente en la Universidad Central del Ecuador; Docente temporal e invitado en varias Universidades públicas y privadas; Director del Instituto Universitario de Capacitación Pedagógica (UCE); Secretario Ejecutivo del Movimiento Nueva Universidad de la Universidad Central del Ecuador. Es autor y coautor de 14 libros sobre ética, democracia y poder y ha dictado conferencias como invitado en 12 países de América y Europa sobre estas mismas temáticas. Ex-Diputado de la República y ex-Presidente de las Comisiones Legislativas de Fiscalización y de Biodiversidad. Es miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Miembro del Grupo de Trabajo de Economía de la CLACSO.

1 WALLERSTEIN Inmanuel, *Un mundo incierto*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2002, p. 86

2 DE SOUZA SANTOS, Boaventura, *La reinención solidaria y participativa del Estado*, en *La caída del Angelus novus: ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*, ILSA, Bogotá, Colombia, 2003, pp. 245 y ss.

## El carácter del cambio

**E**n tiempos de crisis el discurso del cambio se legitima e invade todos los ámbitos. Allí empieza el problema. ¿Cómo distinguir los cambios que terminan en el reciclaje del sistema, de los cambios antisistémicos? *“Lo más difícil reside en distinguir entre lo que es simplemente la continuación de patrones cíclicos del viejo sistema y lo que es nuevo de verdad. Y esto se vuelve complicado por el hecho de que una de las características de nuestro actual sistema-mundo es su ideología de la novedad”*.<sup>1</sup>

“La modernidad ha conocido dos paradigmas de transformación social: la revolución y el reformismo. El primero se pensó para ejercerse contra el Estado, el segundo para que lo ejerciera el Estado. Este último acabó imponiéndose en los países centrales, antes de extenderse a todo el sistema mundial. (...) Si durante la vigencia del reformismo, el Estado fue el sujeto de la reforma y la sociedad su objeto, ahora que el Estado se ha convertido en objeto de reforma ¿quién es el sujeto de la reforma? ¿acaso la sociedad? Y de ser así ¿quién dentro de la sociedad? O ¿será el propio Estado el que se auto-reforme?”<sup>2</sup>

En el tiempo largo, Occidente, y dentro de ello nuestra América, transitó durante dos siglos por el predominio del imaginario de la revolución, a partir de la Revolución Americana y la Revolución Francesa, y, en el siglo pasado, a partir de los tres intentos de transformar el dominio de la modernidad capitalista: la Revolución Soviética, los procesos de liberación nacional en la periferia, y el Estado de bienestar en el centro. La derrota de estos intentos provoca el paso desde el imaginario de la revolución al imagi-

nario del orden y la disciplina, a partir de fines de los 70 del siglo pasado. El imaginario de la revolución es desplazado por el imaginario del orden, la democracia en sus diversas variantes.

Empero, el nuevo milenio presentó a América Latina como el espacio de la posibilidad de cambios antisistémicos, de revoluciones: la década de los 90 estuvo marcada por la presencia de fuertes movimientos sociales que abrieron el imaginario de un cambio profundo, de un tiempo constituyente.

A partir de 1998, con el triunfo de Chávez en Venezuela, el mapa político empieza a girar a la “izquierda”, mediante el acceso por la vía electoral de gobiernos “progresistas”:

Lula-Rousseff en Brasil, la reelección de Chávez en Venezuela, Morales en Bolivia, Correa en Ecuador, Kirchner-Cristina Fernández en Argentina, Vásquez-Mujica en Uruguay, Lugo en Paraguay, Ortega en Nicaragua, Funes en El Salvador, Bachelet en Chile y, en un proceso tardío, Humala en Perú. El punto del cambio se estructura en torno al imaginario de la democracia, ahora bajo la forma de democracias ciudadanas y participativas.

Los calificativos de la opinión pública para caracterizar a estos gobiernos se mueven en una gama amplia, con visiones contradictorias: la defensa de los partidarios los presenta como la novedad de la revolución “de izquierda”, “progresistas”; el ataque de la oposición tradicional, como restablecimiento del autoritarismo populista o de un socialismo derrotado; la crítica de diversos sectores sociales hablan del fracaso y la traición; y empiezan algunas teorizaciones para caracterizarlos como regímenes “posneoliberales” o “posliberales”.

Empero  
el nuevo milenio  
presentó a América Latina  
como el espacio  
de la posibilidad  
de cambios  
antisistémicos,  
de revoluciones

En el mapa geopolítico, catorce años después empieza el tiempo de los límites. El golpe de Honduras y la derrota de la Convergencia Democrática en Chile marcan la cisura; y el gobierno de Obama juega como reordenador, en medio de una crisis mundial que parte desde el centro.

Se ha recompuesto un eje alineado con el eje Norte-Sur que atraviesa el Continente, desde los países del TLCAN, con una vinculación cada vez más marcada de México al poder y la economía norteamericana, por el nudo del capital del narcotráfico y por los resultados concentradores de diez y seis años de aplicación del Tratado de Libre Comercio; pasando por Centro América, con los regímenes de Panamá y Honduras; hasta el eje del Pacífico en Sur América, con el triunfo de Piñera en Chile y el alineamiento de Colombia. La frontera México-Estados Unidos se ha convertido en el espacio que muestra la “mafiación” de la política como el nuevo carácter del poder del capital global.

Los gobiernos “progresistas” empiezan a llegar a fronteras estructurales económicas y políticas, en el programa y en la vía, que ralentizan la tendencia e incluso la ponen en riesgo. No es el tiempo del festejo sino de las preguntas.

El acceso por la vía electoral encausa a respuestas periódicas de legitimación electoral, sometidas a los juegos de la democracia representativa, cuantitativa y basada en el individuo. Esta estrategia, victoriosa durante la última década, crea condiciones para una vía desde arriba, una especie de vía “junker” en la perspectiva de los cambios: el retorno del Estado.

Esta vía empieza a mostrar sus límites por dos lados: el peso de las fracciones modernizantes de las burguesías dentro de los gobiernos “progresistas”, no sólo en los casos de Argentina y Brasil, sino también de Venezuela, Bolivia y Ecuador; y el debilitamiento de la energía movilizadora de las masas, por la cooptación de las organizaciones sociales y la persecución y criminalización de los movimientos sociales autónomos.

Los gobiernos “progresistas” han sufrido un complejo proceso de ajuste “orgánico” entre el discurso y la práctica política, que se expresa en la construcción de nuevas hegemonías, con la presencia de nuevos bloques históricos. En este proceso de ajuste “orgánico”, las reformas constituyentes son el soporte de la reinstitucionalización del Estado.

No se trata de gobiernos de coyuntura, sino de gobiernos de período. Desde una visión de tiempo largo representan una propuesta de modernización del Estado nacional-liberal implantado a comienzos del siglo pasado en nuestro Continente; desde una visión de tiempo medio, se centran en la reforma del Estado neoliberal.

Los procesos de Venezuela, Bolivia y Ecuador tienen una trayectoria que pasa por Asambleas Constituyentes que aprueban una nueva Constitución, como fundamento de la reinstitucionalización del Estado.<sup>3</sup> Aunque hay un largo proceso “preparatorio” que viene desde el centro, sobre todo en la formulación de las teorías neoconstitucionalistas y neoconstitucionalistas y la formación de una red de instituciones y de intelectuales dentro de estas visiones.

En las nuevas Constituciones convergen tres grandes dinámicas-visiones-proyectos:<sup>4</sup> La crítica al positivismo jurídico del Estado liberal de derecho desde las visiones neoconstitucionalistas y la instauración de un Estado garantista de derechos; la crítica al Estado mínimo neoliberal desde una visión reduccionista a la

3 En realidad, el primer proceso constituyente en la Región se presenta tempranamente en 1991 en Colombia, pero responde a otra dinámica y período, por lo cual nos centramos en el análisis de los procesos constituyentes mencionados.

4 SALTOS, Napoleón, *Poder y normas: los ciclos constitucionales en el Ecuador*, PDF, Quito, abril, 2011.



5 DAVALOS, Pablo, *Democracias disciplinarias*, Ediciones CODEU, Quito, Ecuador, 2011.

6 ZAVALA MERCADO, René, *Las masas en noviembre*, Bolivia Hoy, Siglo XXI, México, 1983.

7 MÉSZÁROS István, *Más allá del Capital: Hacia una Teoría de la Transición*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001, pp. 908-909.

versión fondomonetarista de los ochenta y la adhesión a una visión neoinstitucionalista, de origen bancomundialista,<sup>5</sup> en torno a un “presidencialismo monárquico” con el retorno a una estructura “bonapartista-populista-autoritaria”<sup>6</sup>; y la funcionalización de la visión del *sumak kawsay* y de la propuesta del Estado plurinacional.

El Estado actúa como “estructura de mando político general del sistema antagónico del capital que proporciona las garantías definitivas para la contención de los antagonismos irreconciliables y para el sometimiento del trabajo (que pese a la compulsión característica del sistema, conserva el poder de la “recalcitrancia potencialmente explosiva”).<sup>7</sup> Esta función varía según la posición en el sistema-mundo.

## Sistema mundo-político

También en el estudio de la política y el poder hay que mirar al mundo como un sistema estructurado en un proceso desigual dentro de la cadena imperialista entre eslabones fuertes y eslabones débiles, con formas propias de cada eslabón, de acuerdo a sus propias condiciones de relación entre la estructura y la supraestructura.

El sistema-mundo político se basa en la relación entre un centro que “acumula” poder, que tiene la capacidad de expulsar sus contradicciones hacia la periferia y reproducir condiciones de hegemonía, sobre todo en la relación entre capital y trabajo; y una periferia que no sólo se mueve en un campo precario interno de acumulación de contradicciones internas, sino que además recepta los desplazamientos políticos del centro, especialmente en el terreno de la guerra y la violencia.

Aquí se da una relación inversa a la que se presenta en el campo de la economía: allí el centro se define por la acumulación de capital y la periferia por las diferentes formas de desacumulación; acá el centro se define por la desacumulación de contradicciones internas, y la periferia por la acumulación de contradicciones propias y receptadas desde la articulación a la cadena imperialista, al sistema-mundo capitalista.

Para conocer el poder y el Estado en la periferia se requiere, entonces, una doble línea de análisis: reconocer el específico desarrollo interno en cada país y su ubicación en el contexto mundial, en el sistema-mundo de poder imperialista.

La visión parcial de uno de estos elementos y hasta el orden de su análisis lleva a conclusiones totalmente divergentes.

Desde el pensamiento crítico podemos diferenciar dos grandes líneas de análisis: una que pone el acento en las posiciones ante el “imperialismo”, sobre todo norteamericano, una especie de método deductivista sobre las tareas democrático-nacionalistas, y en una visión etapista del tiempo político, con lo cual puede defender el carácter “progresista” de los regímenes. Y otra que busca articular la relación compleja entre las características propias del bloque histórico “interno” y su ubicación en la cadena imperialista.

La primera se presenta como la versión oficial de la izquierda “progresista” y permite seguir el ritmo “progresivo” de los regímenes progresistas. Es el esquema que circula en las redes críticas mundiales y está alimentada por figuras de renombre.



## Un ejemplo

Veamos, a título de ejemplo, uno de los últimos artículos de Emir Sader: Posneoliberalismo en Brasil.<sup>8</sup>

Empieza planteando que “Las referencias fundamentales para comprender el mundo contemporáneo son el imperialismo y el capitalismo, (...) evaluar a gobiernos y a fuerzas políticas significa, antes que todo, evaluar la posición que tienen respecto a estas dos referencias”.

Y entonces deriva una conclusión, “Los nuevos gobiernos latinoamericanos, que se volvieron mayoritarios en el continente, deben ser considerados progresistas, porque desarrollan procesos regionales de integración autónomos respecto a la hegemonía norteamericana y, por otro lado, a contramano de los gobiernos neoliberales que los han precedido, priorizan políticas sociales y no ajustes fiscales, a la vez que desarrollan Estados que inducen el crecimiento económico y garantizan derechos sociales, en lugar de Estados mínimos”.

El análisis seguía la lógica de la propuesta inicial, hasta que sin ninguna fundamentación el referente “capitalismo” es sustituido por una de sus formas históricas, el modelo o período neoliberal. Y entonces puede deducir: “Por eso son gobiernos progresistas, antineoliberales, y trabajan por un mundo multipolar, debilitando la hegemonía norteamericana en el mundo. Sus rasgos centrales tocan en los factores decisivos de la hegemonía imperial norteamericana y en los elementos centrales del modelo neoliberal: la centralidad del mercado, el Estado mínimo y los Tratados de Libre Comercio con Estados Unidos”.

La justificación es que “Esos gobiernos tienen que enfrentar la herencia de graves retrocesos que sufrió América Latina, como consecuencia de las transformaciones igualmente regresivas que se dieron en escala mundial. (...) Primero fue la crisis de la deuda, que cerró el más largo ciclo de expansión de las economías latinoamericanas, que venía desde los años 1930. En segundo lugar, dictaduras militares que han roto la capacidad de resistencia en algunos de los países más importantes del continente –Brasil, Chile, Uruguay, Argentina–. En tercer lugar, gobiernos neoliberales, fenómeno que convirtió a América Latina en la región con el mayor número de gobiernos con ese carácter y en sus modalidades más radicales”.

El paradigma es el Gobierno de Lula: “se inició con una postura que fue fundamental para el futuro de América Latina; recogiendo las manifestaciones en contra del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el gobierno brasileño bloqueó su concreción, abriendo espacio para el fortalecimiento y expansión de los procesos de integración regional. Brasil empezaba a redefinir su lugar en el plano internacional, saliendo de la tradicional situación subordinada a los Estados Unidos, adoptando una posición soberana, independiente, lo cual fue decisivo para cambiar la correlación de fuerzas en el continente y para generar el aislamiento de Estados Unidos en la región. Paralelamente, el gobierno de Lula definió la prioridad de las políticas sociales, en lugar del ajuste fiscal, lo cual le permitió, aun bajo duros ataques de la derecha, conquistar gran popula-

8 Emir Sader, *Posneoliberalismo en Brasil*, Revista “América Latina en Movimiento”, No 475, mayo de 2012, “América Latina: Las izquierdas en las transiciones políticas”, <http://alainet.org/publica/475.phtml>, consulta mayo 2012.

ridad, superar esa ofensiva, consolidar su liderazgo y elegir su sucesora. Todo ello fue posible porque Brasil –el país más desigual del continente y del mundo– por primera vez disminuyó la desigualdad, la pobreza y la miseria”.

Entonces, es “progresista” por su oposición al imperialismo “norteamericano”. Una nueva reducción, el imperialismo queda reducido al imperialismo norteamericano, sin ver el conjunto del reordenamiento de la cadena imperialista. Hay que estar en la otra punta de la política “progresista” del Gobierno de Lula, para ver el papel que cumple Brasil y el nuevo eje Este-Oeste, compartido con los BRICs, en la relación con los otros países “progresistas” de la región: quizás la categoría subimperialismo deba resucitar y readecuarse.

La prueba final es “el gran apoyo popular logrado, (con el que) Lula impuso varias derrotas a la derecha. Aun teniendo prácticamente toda la prensa en contra suyo, Lula logró reelegirse y elegir su sucesora, Dilma Rousseff, como presidente de Brasil”.

Sin embargo, ese proceso no se da de manera lineal. (...) Los avances en Brasil se llevaron a cabo en las líneas de menor resistencia de las relaciones de poder existente. (...) avanzó inicialmente en dos líneas de mayor debilidad del neoliberalismo: las prioridades de las políticas sociales, a través de un agregado de programas –como bolsa familia, luz para todos, mi casa mi vida, micro créditos, entre otros–; pero el que más efectos sociales tiene ha sido el aumento continuo de los sueldos y de los empleos formales. Y los proyectos de integración regional, partiendo del Mercosur, ampliando ese proceso hacia Unasur, el Consejo Suramericano de Defensa, el Banco del Sur, la Comunidad de Estados Latinoamericanos”.

Los avances en Brasil se llevaron a cabo en las líneas de menor resistencia de las relaciones de poder existente

La diferencia profunda con el neoliberalismo es el retorno del Estado.

“Frente a la crisis del 2008, quedó claro que había una tercera dimensión en la diferenciación del gobierno brasileño respecto al neoliberalismo: el rol del Estado, que pasó a ser instrumento esencial para políticas anticíclicas de resistencia a la recesión internacional. En lugar del Estado mínimo, se impuso un Estado inductor del crecimiento económico y garantía de la afirmación de los derechos sociales”.

Una tercera reducción, el neoliberalismo queda reducido al “Estado mínimo” y con ello, la alternativa es cualquier neo-keynesianismo mínimo.

Aunque la final retorna el referente olvidado del capitalismo y entonces debe reconocer que “no hubo transformaciones estructurales en aspectos determinantes en la sociedad brasileña”.

Así, pues, es “progresista”, pero no importa que no haya “transformaciones estructurales en aspectos determinantes”. Debemos contentarnos con lo posible y lo gradual.

Quizás este tipo de análisis es precisamente la confirmación de lo que trata de ocultar tras el paradigma “progresista-reaccionario”: se trata de gobiernos que readecuan las economías y los Estados periféricos a las nuevas condiciones del referente olvidado, el capitalismo. Una periodización similar al papel desempeñado en el marco de la post-segunda Guerra Mundial, por gobiernos similares, bajo una impronta socialdemócrata en Europa.

En medio de la crisis del eje norte-sur, liderado por la tríada Estados Unidos-Unión Europea-Japón, América Latina ha podido desacoplarse temporalmente y cuenta con una bonanza temporal que le permite emitir un discurso antiimpe-



rialista y tomar algunas medidas redistributivas sociales – 150 millones de pobres en América Latina están asistidos por diversas formas de bonos de “pobreza” –; al mismo tiempo que el retorno del Estado se liga a la emergencia de nuevos grupos económicos, de una especie de burguesía-estatal, que se sirve del Estado para acelerar los procesos de acumulación originaria, participar en la “acumulación por desposesión” liderada por el capital extractivo-financiero transnacional.

Con ello, en lugar de ser factores de aceleración del tiempo de los cambios, son factores de contención y disciplinamiento de las potencialidades revolucionarias de las masas. Uno de los signos de la política de los gobiernos “progresistas” es la desmovilización social y la criminalización de los sectores sociales críticos. Las buenas intenciones y los buenos discursos pueden concluir en malas prácticas cuando escamotean los retos antisistémicos de los cambios.

## La originalidad de América Latina

El otro paradigma de análisis podemos encontrarlo en una corriente crítica, con autores como José Carlos Mariátegui, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, René Zavaleta Mercado respecto al análisis político del tiempo largo.

Presentamos como ejemplo, el análisis de Cueva sobre “El Estado latinoamericano y las raíces estructurales del autoritarismo”.<sup>9</sup>

Empieza por trazar un marco teórico adecuado a la originalidad de los estados periféricos. Desecha las visiones deductivistas a partir de la periodización de etapas – modos de producción – a las que corresponderían *tipos* diferenciados de Estado, dentro de los cuales pueden presentarse *formas* diferentes de Estado; pues se trata de un análisis funcionalista que parte de los tipos ideales para “entender” la realidad.

Se trata de estudiar el desarrollo concreto del Estado capitalista “como Estado capitalista de determinada formación económico social, con todas las determinaciones histórico-estructurales allí presentes, resultado tanto de un específico desarrollo interno como del lugar que cada formación ocupa en el seno del sistema imperialista”.

Entonces hay un giro. No se puede deducir el carácter del Estado de las situaciones generales, sino partir del reconocimiento de las contradicciones internas: “Y es precisamente la configuración de cada formación lo que determina en última instancia la forma del Estado capitalista, de acuerdo con el grado de intensidad y desarrollo de las contradicciones acumuladas en su interior, de la posibilidad objetiva de atenuación o acentuación de las mismas y de las tareas (*funciones* concretas) que de allí, se desprenden para la instancia estatal”.

Aquí hay un debate sobre la comprensión del sistema mundial, con una pregunta central: ¿subsisten eslabones de formaciones económico-sociales, persisten **funciones** concretas del Estado periférico; o estamos frente a un mundo global en que el Estado-nacional se ha disuelto en una especie de poder global difuso?

Se establece una relación específica de la infraestructura y la superestructura en cada formación socioeconómica concreta. En este período las condiciones de acumulación de excedentes en las formaciones periféricas permiten el fortalecimiento y el retorno del Estado.

9 CUEVA Agustín, *El Estado latinoamericano y las raíces estructurales del autoritarismo*, en *Ensayos sociológicos y políticos*, Ministerio de Coordinación de la Política, Quito, Ecuador, 2012, pp. 143 y ss.

10 SPURRIER Walter, *Estado, la mitad del PIB*, Análisis semanal, Año XLII, #19, Mayo 8, 2012, versión electrónica, consultada en mayo 2012.

11 CUEVA A., Op. Cit., p. 144

12 CUEVA A., Op. Cit., p. 147

En el caso del Ecuador, “impulsado por el alto precio del petróleo, el gasto público tuvo un muy fuerte crecimiento en 2011 y alcanzó el 48,8% del PIB. El crecimiento fue más pronunciado en las empresas e instituciones del Estado que no son parte del gobierno central”. En el primer cuatrimestre del 2012 los ingresos petroleros fueron 700 millones de dólares más de lo presupuestado. A ello hay que sumar los desembolsos de créditos chinos por 2 mil millones de dólares,<sup>10</sup> con lo cual se crea una base de retorno del Estado.

## La heterogeneidad estructural

No existe Estado capitalista en general, se requiere estudiar sus formas concretas. “El Estado capitalista en general no posee forma alguna que le sea necesaria: lo único que lo define como tal es la necesidad, ella si estructural, de reproducción en escala ampliada del modo de producción al que está integrado como superestructura. Pero, ¿revistiendo qué forma concreta el Estado capitalista ha de cumplir tal función?”<sup>11</sup>

La ubicación en la cadena imperialista diferencia las formas de funcionamiento del Estado capitalista. “El propio desarrollo del capitalismo, sobre todo en su fase imperialista, lejos de tender a la homogeneización del vasto espacio por él dominado, registra más bien un movimiento inverso, que al mismo tiempo que va creando áreas de *descongestionamiento* – es decir de atenuación de sus contradicciones – crea también áreas, más amplias aún, de *acumulación* de las mismas, con todas las situaciones intermedias que en el límite de estos dos campos pueda haber”. La tendencia es la coincidencia de la *acumulación* de las contradicciones con el espacio de los “llamados países subdesarrollados o dependientes.” Esta *acumulación* define el carácter de estos países, no sólo en su base económica, sino tam-

bién en su instancia estatal, como una “gran *heterogeneidad estructural*”.<sup>12</sup>

El modo de producción capitalista y, en particular, el Estado capitalista dentro del sistema-mundo capitalista, cumplen respecto a los países una función similar a la que cumplen respecto a las clases dentro de una formación social concreta: organizan y homogeneizan en el centro, y desorganizan y heterogeneizan en la periferia.

El sistema-mundo capitalista se presenta como una cadena integrada por diversos eslabones, por diversas formaciones económico-sociales organizadas jerárquicamente con un centro que tiende a la homogeneización y las periferias que tienden a la heterogeneidad estructural. Aunque esta tendencia general hay que analizarla en las situaciones concretas, pues en momentos de crisis, como los que ahora está viviendo el centro, también pueden presentarse tendencias de *acumulación* de contradicciones y de *heterogeneidad estructural* en el centro. Aún más, la *acumulación* de contradicciones entre las potencias tradicionales y las potencias emergentes se presenta como el campo principal de la *acumulación* de las contradicciones del sistema-mundo capitalista.

El Estado capitalista periférico cumple sus funciones de organizar y unificar al bloque dominante y desorganizar a las clases y fuerzas subordinadas, bajo formas propias, se presenta como “una superestructura sobrecargada de *tareas* en la medida en que 1. Tiene que asegurar la reproducción ampliada del capital en condiciones de una gran *heterogeneidad estructural*, que comprende desde la presencia de varios modos y formas de producción hasta la propia *malformación* del aparato productivo capitalista; 2. Tienen que llevar adelante este proceso de reproducción en medio de un constante drenaje de excedente económico hacia el exterior, con todo lo que ello implica en términos de *acumulación*, y de la consiguiente necesidad de esta-

blecer determinadas modalidades de extracción de tal excedente; 3. Tiene que imponer cierta *coherencia* a un desarrollo económico-social inserto en la lógica general del funcionamiento del sistema capitalista-imperialista, cuando a veces ni siquiera está concluida la tarea de integración de un espacio económico nacional y de la nación misma”.<sup>13</sup>

Esta heterogeneidad estructural marca un funcionamiento diferente del Estado capitalista periférico, con la tendencia a “que el llamado ‘Estado de excepción’ tienda a convertirse aquí en la regla; que la sociedad civil y hasta las propias clases parezcan configurarse a partir del Estado y no a la inversa; o que ese Estado adquiera una contextura ambigua, de casi simultánea debilidad y fortaleza, balanceándose entre tales extremos dialécticos en una suerte de crisis permanente”.

Hay diferentes vías de desarrollo del capitalismo; en las formaciones periféricas la tendencia es al predominio de una especie de *vía junker* permanente, en donde el Estado cumple una función decisiva, performativa, de las otras instancias y de las clases. En las formaciones latinoamericanas, las formas de operar el Estado tienden a combinar “bonapartismo, populismo y autoritarismo”<sup>14</sup>.

“El Estado de los eslabones débiles tiende a adquirir formas dictatoriales, o en el mejor de los casos, despóticas, en razón misma del cúmulo de contradicciones que la sociedad civil no está en capacidad de atenuarlas y que, por lo tanto, a él corresponde *regular*.”<sup>15</sup>

La pregunta final sobre los cambios se refiere, entonces a saber si se han modificado estas funciones y modos de actuación del Estado periférico.

13 CUEVA A., Op. Cit., p. 146.

14 ZAVALA MERCADO René, *Formas de operar el Estado en América Latina (bonapartismo, populismo, autoritarismo*, en IBARGÜEN Maya y Norma DE LOS RÍOS MÉNDEZ (coordinadoras), René Zavaleta Mercado. *Ensayos, testimonios y revisiones*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, Argentina, 2006, versión PDF, pp. 34 y ss.

15 CUEVA A., Op. Cit., p. 147.